

### CAPITULO III.

#### EL AMOR OFENDIDO POR EL PECADO.

Dios es nuestro Padre igualmente que nuestro Criador.—Llévanos este título así al amor de complacencia como al de compasión.—Dolor de los pecados de nuestros prójimos.—Varias revelaciones de los Santos sobre el particular.—Oficio especial de las religiosas.—Ejemplos de los Santos.—Métodos para practicar dicho dolor:—1.º Consideración sobre la gloria divina.—2.º Método de San Bernardo.—3.º de Baltasar Alvarez y San Alfonso de Liguorio.—Cómo se satisfacen los tres instintos en esta devoción.—San Panucio y el gaitero.—Lancisio sobre el Carnaval.—Vision de Santa Gertrudis.—Conducta de ciertos católicos.—Deplorable abandono de la gloria divina.

#### SECCION PRIMERA.

##### *Dios es nuestro Padre muy amado.*

Cuéntase de uno de los primeros Padres del Oratorio, compañero de San Felipe, que solía preferir entre los autores que han escrito sobre la gracia, á aquéllos que dieron más á la soberanía divina que al libre albedrío del hombre. Semejante proceder revélanos todo su carácter: no es tanto la expresión de que era un fiel discípulo de Santo Tomás en la citada cuestión teológica, como una clara manifestación de su peculiar vida espiritual y singular tendencia de su devoción. Dicha preferencia en el buen Padre nacía más bien de una pasión dominante que del mérito intrínseco de la controversia, pues había adquirido la cos-

tumbre de tomar en todo el lado de Dios y de mirar siempre las cosas bajo el punto de vista divino. No quiero con esto decir que las personas piadosas que siguen la opinión contraria en semejante cuestión, no tomen igualmente en todo el lado de Dios, como el bienaventurado Lessio y el dulce y cariñoso San Alfonso, hombres consagrados enteramente á Dios, como el que más; sólo sostengo que el instinto más bien que la inteligencia era lo que movía al siervo de Dios á obrar de esta manera. Seguía en esta misteriosa cuestión aquella opinión que á juicio suyo era más honrosa á Dios, porque tal fué siempre su instinto habitual, y hé aquí cabalmente lo que yo ahora me atrevo á recomendaros.

Una doctrina falsa es odiosa, porque no es verdadera; es odiosa también, porque produce escándalo, resfría la devoción y ofende á las almas: por todos estos motivos la detestan las personas virtuosas. Mas aquéllos que profesan á Dios un amor muy tierno y delicado, no atienden tanto á semejantes razones, como á la ofensa que hace al honor divino: el honor de Dios es su primer pensamiento, y pónense luego al punto al lado suyo, é igual conducta se observa en ellos cuando ven á un inocente injustamente perseguido ó cruelmente calumniado. En este último caso, bien que profesen al paciente una tierna simpatía y un afectuosísimo amor, el primer pensamiento, el pensamiento dominante, el pensamiento continuo

que mueve á estos siervos de Dios, es la ofensa que recibe el honor de su Señor con la persecucion del inocente y la culpa que casi necesariamente han debido cometer sus perseguidores. Por eso en épocas de abandono espiritual, de enormes pecados públicos, de importantes cambios políticos, de calamidades locales, de triunfos católicos y rescates de almas del purgatorio, semejantes personas, instintivamente sienten y descubren luego al punto la parte de esos acontecimientos que se relaciona con la gloria divina, y quedan en seguida tan embebidos en ella, que suelen parecer duros, insensibles y sin entrañas para compadecerse y regocijarse con los demás, aunque realmente en su interior sucede todo lo contrario.

Fácilmente con el tiempo, con la oracion y con la asiduidad reposada en la devocion llegaria á hacerse nos habitual este piadoso ejercicio de tomar en todas las ocasiones el lado de Dios, y nos serviría de poderoso auxiliar para amar y glorificar á nuestro Criador y Señor. Impórtanos, pues, sobremanera el ir gradualmente creciendo en la conviccion de que no hay ningun mal real en el mundo sino el pecado; que no tenemos ningun enemigo verdadero más que el pecado; y que combatir el pecado, así propio como ajeno, con las armas de la oracion y buenas obras, es lo único que nos interesa y merece todos nuestros desvelos y cuidados. Pero semejante conviccion nace de tomar siempre el lado de Dios; y una vez que la

hayamos adquirido, contribuirá grandemente á hacernos perseverar con más constancia en tan dulce ejercicio. Cumplimos nuestra mision de criaturas cuando tomamos el partido de nuestro Criador, defendiendo sus intereses, protegiendo á su Majestad y promoviendo su gloria. Empleados en tan santa ocupacion gozaremos indudablemente de una felicidad inefable en la suerte más adversa, y de una paz hechicera en el más espantoso abandono.

Pero no solamente es Dios nuestro Criador, sino tambien nuestro Padre. ¡Ojalá que todos nosotros comprendiésemos la grandeza é importancia de título tan excelente! Quien sirve á Dios como á su Criador es de un carácter muy diferente de aquél que le sirve como á su Padre. No servimos nosotros á Dios por puro amor, porque no tenemos una idea amorosa de Dios. Somos para con Él secos, frios y suspicaces, por obstinarnos en continuar mirándole solamente como á nuestro Legislador y Juez supremo. Cuanto más una persona desee adelantar en la perfeccion, tanto más eficaz debe ser su empeño en mirar á Dios como á su Padre. Bien corta sería, por cierto, la distancia entre los Santos y católicos ordinarios, con sólo que todos conviniésemos en mirar y servir á Dios como á nuestro Padre. Asombra verdaderamente esa muchedumbre de afectos serviles y suspicaces que abrigan hasta las personas piadosas acerca de Dios, de su soberania y majestad. Hé ahí el origen del te-

dio y falta de consolacion que se experimenta en el cumplimiento de nuestros deberes religiosos. Semerjantes afectos traen consigo toda suerte de tentaciones contra la fe, y suscitan en el ánimo todo género de escrúpulos que secan la ternura de la devocion y hielan el alegre espíritu de la mortificacion amorosa. Por el contrario, es un verdadero sol de vida crecer y sentir á cada momento que Dios es nuestro Padre, que nos ama con amor de Padre y nos trata como á hijos suyos muy queridos.

Ved los esfuerzos que ha tenido Dios que hacer para ocultar á sus hijos su faz severa. Confió al Hijo todo el juicio: nuestro Señor dulcísimo en cuanto hombre es quien nos juzgará en el último dia; nuestra postrera apelacion será á su Sagrado Corazon. Cuando Dios, por boca de Jeremías, invita á su pueblo rebelde á convertirse, recuérdale todos sus pecados, y como si quisiera excusarse á Sí mismo, añade (1): «Pero á lo ménos desde hoy decidme: Tú eres nuestro Padre.» El Apóstol resume toda la obra del Evangelio en que hemos recibido el espíritu de adopcion para clamar *Abba*, Padre; y al enseñarnos el Señor á orar, suplicanos invoquemos á Dios con el dulce nombre de Padre. Es más: nos ha otorgado uno de los siete dones del Espíritu Santo, el don de Piedad, con el fin expreso de disponernos á ejercitar

(1) Jer., cap. III, v. 4.º

hasta en grado heroico esa ternura filial hacia Dios. Definese dicho don una habitual disposicion que el Espíritu Santo infunde en el alma para excitar en nosotros un afecto filial hacia Dios. Afirma Santo Tomás (1) que son más meritorias las obras ofrecidas á Dios como á nuestro Padre, que aquellas que se le ofrecen como á nuestro Criador, porque el motivo es más excelente. Cuál sea la importancia que las personas espirituales han atribuido á este dulce afecto filial hácia Dios, descúbrese muy á las claras en la observacion hecha por el cardenal Belarmino al visitar la Francia. Decía que estaba admirado de la devota piedad de los franceses, y que bajo este concepto le parecían mejores católicos que los italianos: así á lo ménos lo cuenta Lallemant.

No contento San Pablo con el pasaje arriba citado de su carta á los Romanos (2), casi repite las mismas palabras á los Gálatas (3). Exprésase como si bajo la antigua alianza no hubiese Dios podido, por decirlo así, persuadir á los judíos á mirarle como á su Padre; y por eso,—cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer, y sujeto á la ley, para redimir á aquéllos que estaban bajo la ley, y recibiésemos la adopcion de hijos. Y porque sois

(1) II. 2 q. 121.

(2) Cap. VIII, v. 15.

(3) Cap. IV.

hijos, ha infundido Dios el Espíritu de su Hijo que clama: *Abba*, Padre; y así ya no sois siervos, sino hijos.»—Y hasta en el Antiguo Testamento, ¿quién no recuerda el lenguaje patético de Israel?—«Ahora, Señor, Vos sois nuestro Padre; y Abraham no nos conoció, ni Israel tuvo cuenta de nosotros. Vos sólo sois nuestro Padre y nuestro Redentor: por los siglos de los siglos vivirá vuestro Nombre (1).»

Lancisio; en su *Tratado de la presencia de Dios*, despues de varios actos de amor para dirigirnos á Dios como á nuestro Señor santísimo y Padre amantísimo, pone en boca de su adversario esta objecion:—«¿Por qué en semejantes actos de amor añades el nombre de Padre?—Hágalo así, responde, por cuatro razones: Primera, porque era utilísimo que tales actos de amor naciesen, no sólo de los afectos de humildad y religion comprendidos en el título de señor, sino tambien de un afectuoso sentimiento filial hacia Él mismo. Segunda, por el mayor mérito que así se adquiere, conforme á la doctrina de Santo Tomás arriba citada: «*Es más excelente*, dice el angélico Doctor, *honrar á Dios como á nuestro Padre, que honrarle como á nuestro Criador y Señor*. Y como afirma San Leon (2), *Grande es el sacramento de este privilegio, y es un don que sobrepuja á*

(1) Isaias, cap. LXIII, v. 16.

(2) Serm. 6 de Nativ.

*todo don, el que Dios se llamase hijo del hombre y el hombre á Dios su Padre amoroso*. Tercera, por la confianza que excita en nosotros el recuerdo de que Dios es nuestro Padre; y Tertuliano, San Cipriano y San Crisóstomo aseguran que ese es el motivo de empezar la Oracion dominical con las palabras *Padre nuestro*; pues como afirma el mismo Santo Tomás (1), *la confianza se despierta en nosotros singularmente por la consideracion del amor que Dios nos tiene, y el vivo deseo que le anima á colmarnos de bienes; y por eso llamámosle Padre*. Cuarta, *Le llamamos Padre*, dice San Agustin, *para alcanzar con este Nombre dulcísimo sus divinos favores, y mover sus amorosas entrañas á otorgarnos cuanto le pidamos*.

En las *Revelaciones de Santa Gertrúdis* se halla un bellissimo pasaje que nos manifiesta lo muy agradables que son á Dios los títulos llenos de reverencia y familiaridad. Díjola, pues, el Señor que cuantas veces uno llama á Dios, Amor mio, dulcísimo Dueño mio, Amantísimo mio y otras expresiones por el estilo, recibe una prenda de su salvacion, en virtud de la cual, como llegue á perseverar, gozará en el cielo de un privilegio especial de igual clase que aquel que disfrutara en el mundo San Juan Evangelista (2).

Pues si nosotros vivamente sintiésemos que Dios

(1) 2. 2. q. 83.

(2) 1.º lib. 3.º cap. 9.

es nuestro Padre; si nuestro ejercicio cotidiano consistiese en pensar y acercarnos á Dios como á nuestro Padre muy amado, bien presto nada habría en el mundo que fuese tan caro á nuestra alma como su honor y majestad: el honor divino le consideraríamos como si nos perteneciese y realmente fuese propiedad nuestra, y cualquiera ultraje suyo le tomaríamos como ofensa que se nos hacía á nosotros mismos. Y como el pecado es una ofensa contra Dios, el pecado así propio como ajeno sería nuestro único enemigo, nuestro único cuidado y nuestra única desgracia sobre la tierra. Sí: el pecado de un hermano nuestro dejaría de ser para nosotros objeto indiferente, puesto que es un ultraje horrible contra la Majestad de Dios, y de este modo llegaríamos á comprender de lleno aquel grito constante de San Felipe de Neri: « ¡Sólo que no haya pecado: sólo que no haya pecado! »

Luégo que uno llega á penetrarse bien de semejante idea acerca de Dios, no pasa un solo día sin que descubra en Él algo de paternal, que ántes nunca había notado: trasfórmanse entónces nuestras oraciones, y los Sacramentos producen efectos más maravillosos que hasta aquí, y todo cuanto nos rodea se altera por grados: los deberes se cambian en privilegios, las penitencias en placeres inefables, los dolores suavizan el corazón con deliciosa humildad y las tribulaciones son presentes celestiales: conviértese el trabajo en reposo, y el cansancio de cuerpo y cabeza

se asemeja al dulce arrobamiento de la contemplación. No parece sino que la tierra se ha trocado en verdadero cielo. El objeto más liviano y el más ligero ruido agitan el corazón, como si Dios estuviese á punto de aparecerse y hablarnos. ¡Qué diferente es la vida, cuando se tiene la dicha incomparable de dar con nuestro Padre! Si trabajamos, es á su presencia, y si nos recreamos, lo hacemos á la vista de su dulce sonrisa: la luz terrestre se nos figura una irradiación celestial, y las estrellas de la noche parécennos semejantes á la aurora de la visión beatífica: tan suaves, y tan dulces, y tan lindas, y tan exquisitas llegan á sernos todas las cosas luégo que se ha tenido la suerte de hallar á nuestro Padre en nuestro Dios y Señor.

## SECCION II.

### *Amor de complacencia y amor de compasion.*

Si de veras amamos á nuestro Padre celestial, nos regocijarémos de que sea Dios; que sea tan bueno y rico en perfecciones: á este afecto se le da el nombre de amor de complacencia. El gozo suyo hacémosle nuestro, y nos regocijamos en él únicamente porque amamos á tan gran Señor. Jacob no quería creer en la gloria de José; pero viéndole, arrojóse sobre su cuello, y abrazándole, dijo: « Ya moriré contento, por-

que he visto tu rostro, y te dejo vivo (1).» Mas no es este solamente el oficio del amor. Si el amor nos hace dichosos transfiriendo á nuestro corazon la dicha é intereses del objeto amado, el mismo amor nos llena igualmente de aficcion y pesadumbre, al trasferir y hacer nuestras las ofensas y ultrajes que recibe el objeto amado. Quiero con esto dar á entender que el dolerse de las culpas ajenas no es ninguna devocion traída allá del otro mundo, ni un refinamiento sutil del sentimiento religioso, sino una consecuencia necesaria del divino amor. No ama ciertamente á Dios quien carece de este dolor del pecado así propio como ajeno: dolor que aumenta á proporcion que crece el amor. ¿Qué fué lo que hizo á los dolores de la santísima Virgen más intolerables que todos los tormentos de los mártires, sino su amor que sobrepujaba al de todos los mártires juntos? Si, pues, arde en nuestro corazon la llama del divino amor, las ofensas y ultrajes contra Dios serán igualmente ofensas y ultrajes que se nos hacen á nosotros mismos.

Pero no es esto sólo. Como se excitan en nosotros los afectos de simpatia y compasion con mayor facilidad que los afectos de complacencia, parece que Dios deseaba cultivar más el amor que llaman los teólogos de compasion que el de complacencia: esta es una de las razones por qué la devocion á la Pasion es

(1) Génesis, cap. XLVI.

la más popular de todas las devociones de la Iglesia, y acaso sea ésta igualmente una de las causas que movieron á nuestro Señor á padecer más de lo necesario en nuestra redencion. Para sentir dicha compasion no se requiere un subido amor divino ni una altísima virtud: las mujeres de Jerusalem no eran ciertamente santas, y lloraron sin embargo por Jesus en el camino del Calvario: los amigos de Job eran de corazon duro, y con todo la compasion venció su orgullosa insensibilidad, y su necia y odiosa petulancia. Lo que nosotros principalmente necesitamos es ablandar nuestro corazon, y que el pesar le conmueva más viva y eficazmente que el gozo.

No esperemos alcanzar un subido amor divino, si primeramente no nos familiarizamos con este amor de compasion. Aun entre nosotros es más censurable el no condolerse de las desgracias de nuestros prójimos, que el no alegrarse en sus goces y contentamientos. La simpatía nos es connatural, y el corazon más criminal puede abrigar la esperanza de salvarse, con sólo que conserve viva una afectuosa simpatía. No hay mal que no produzca bienes; y hé aquí por qué del pecado y de la Pasion de nuestro adorable Señor como de dos fuentes perennes brotan á raudales en nuestro corazon este amor santo de compasion. ¡Qué maravillosos prodigios no puede obrar semejante amor! Dicese que la compasion de María ha cooperado en cierto sentido con la Pasion de nuestro Santísimo

Señor á la salvacion del mundo. ¡Y cuántos ejemplos no pudiéramos citar de la misericordia que Dios ha usado con los pecadores, por haber conservado éstos un ligero y tierno recuerdo de su amorosa Pasion! Es preciso, pues, gemir ahora con Jesus, si queremos gozarnos con Él despues. Yo quisiera que os paraseis á reflexionar acerca de esto, que me parece no teneis tan presente como era de desear, ni apreciáis en lo que se merece. Dice San Francisco de Sales que no hay lengua que pueda expresar el deseo ardentísimo de nuestro Salvador de penetrar en nuestro corazon por medio de este doloroso amor. Hé aquí, pues, un medio fácil de amarle y de promover su mayor gloria: no le rehusareis, así lo espero, un obsequio tan suave y gustoso; y no sólo estoy seguro de que le amais y suspirais por amarle más todavía, sino que no quiero creer que así no sea. ¿Quién será capaz de no amar á nuestro Señor dulcísimo? ¿Existe por ventura un corazon que deje de amarle? Mas no es este lugar de entrar en averiguaciones de cosas tan extrañas, ni de ver si existen sobre la tierra fenómenos tan espantosos. Nosotros le amamos. ¡Gracias le sean dadas por tan singular favor! Diez y ocho siglos há que tuvo lugar su pasion; pero esta pasion y mortal agonía renuévanse todos los dias, porque abunda el pecado. ¡Oh pecado cruel! ¡cruelles pecadores! Mas Jesucristo se acogerá á nosotros: aplicad el oido á vuestro corazon, y escuchad lo que os dice: «Ábreme, hermana

mia, amor mio, paloma mia, perfecta mia, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de la noche(1).»

Pero me replicaréis vosotros: «El dolerse de los pecados ajenos, es cosa muy buena para los Santos: sabemos que ellos lo hicieron así; mas por lo que hace á nosotross, semejante ejercicio es superior á nuestras fuerzas: es ejercicio que más bien debe admirarse que no imitarse; en nosotros dicha práctica sería una imprudencia, pues todavía no sentimos un vivo dolor de nuestras propias culpas: conviene no ir tan aprisa; es menester que nos ejercitemos un poco más en llorar las nuestras, que hartas son por desgracia.» No me hagais, por Dios os lo pido, una objecion semejante; y si me la háceis, permitidme que os combata con vuestras propias armas. No teneis, decís, bastante dolor de vuestras propias culpas, ni hay cosa que os fastidie tanto como esto, ni que sea tan enojoso y estéril para vuestro aprovechamiento espiritual; pero ¿cuál es la causa de ese vuestro escaso dolor de los pecados, sino el mirar la culpa más por lo que afecta á los intereses de vuestra alma, que á los intereses de Dios? No quiero con esto decir que dejes de considerar la culpa bajo ese primer respecto: no permita Dios que os aconseje una cosa semejante. Debeis hacer lo uno, sin omitir lo otro; pero si mirais el pecado úni-

(1) Cant. V. 2.

camente bajo el punto de vista de la recompensa y el castigo, es evidente que no alcanzaréis jamás un aborrecimiento proporcionado á la culpa, porque la pena está muy léjos de ser el mal principal del pecado. Su principal malicia consiste en ser un ultraje á la divina Majestad, y como vosotros le mireis bajo este respecto, aumentará maravillosamente en intension el dolor de vuestras culpas. Mas para mirar el pecado como ofensa contra Dios, requiérese que aprendais primeramente á llorar los de vuestros hermanos, pues en la culpa ajena no entra el propio interés, y sólo se atiende en ella á la gloria ultrajada de vuestro Padre celestial. Si, pues, deseais doleros vivamente de vuestras culpas, llorad ántes las ajenas como ofensas que son contra la Majestad de nuestro Dios y Señor. Tal es la práctica que yo ahora me atrevo á recomendaros: práctica que abraza el espíritu de la Confraternidad, esto es; dolor de los pecados ajenos, y reparacion de la gloria de Dios ultrajada con semejantes culpas.

Decía, pues, que esta práctica abraza el espíritu de la Confraternidad, ya que los motivos para condolerse de las culpas ajenas son los mismos que dijimos arriba eran indispensables para pertenecer á dicha Hermandad. En efecto, lloramos las culpas de nuestros prójimos, porque son ofensas contra la gloria de Dios, inutilizan y destruyen el fruto de la pasión de Jesus, y perjudican y pierden las almas. Hé aquí por qué volvemos otra vez á las mismas tres cosas de

que ya hemos hablado; y no debe causaros fastidio que os las repita con tanta frecuencia. Pero cuando empleo la palabra pesar, es preciso que comprendais bien lo que quiero significar con semejante expresion. Yo no os propongo ninguna cosa melancólica ni desagradable: ¡léjos de mí tal pensamiento! El dolor de que os estoy hablando, es uno de los mayores placeres de la vida, y capaz por sí solo de inundar el corazón de una alegría indecible. Oigamos cómo el Eterno Padre se dignó explicar dicho sentimiento á su querida hija Santa Catalina. Despues de hablar (1) de las cinco especies de lágrimas que los hombres derraman, la describe (2) un estado del alma, lleno á la vez de alegría y aficcion: — « Su alegría, la dice, nace de su union sensible conmigo, en cuya virtud gusta las dulzuras inefables del divino amor; y la aficcion procede á la vista de las ofensas que se cometen contra Mí que soy la eterna Bondad á quien esa alma contempla y gusta en el conocimiento de sí misma y en el mio. Semejante dolor no impide el estado de union que tiene conmigo, porque las lágrimas que derrama, como nacen del amor de sí misma en su amor á los prójimos, son de una incomparable suavidad. En la misericordia mia halla la melancolía del amor, y en las miserias de sus hermanos el dolor del amor. Hé aquí por qué

---

(1) Dial. 88.

(2) Cap. 89.



llora con los que lloran y se alegra con los que se alegran, pues el alma se regocija al ver que mis siervos honran y glorifican mi santo nombre.»—Y díjola así mismo:—«Esta pena *inaflitiva*, nacida de los ultrajes que recibo y de los infortunios de los prójimos, fúndase en una caridad muy abrasada, y sirve al alma de pasto espiritual de exquisito sabor. Y hasta se regocija y salta de contento con semejante pena, pues es una prueba convincentísima de que estoy con ella por medio de una gracia muy especial (1).»

Hé aquí explicado por qué los Santos á quienes les fué dado el don de lágrimas tenían su alma inundada de un gozo y alegría espiritual incomparables. Dice el antiguo biógrafo de San Juan Clímaco, que no hay palabras con que encarecer los maravillosos efectos que el don de lágrimas producía en el alma de este siervo de Dios; y el mismo Santo, en el sétimo escalon de su *Escala de Perfeccion*, afirma—«que los que han recibido el don de lágrimas, pasan toda su vida en una fiesta y banquete espiritual.»—Ciertamente no existe ni sombra de amargura en las lágrimas de aquellos que de veras aman á Dios: ¿ni qué otra cosa puede haber sino contentamiento, y dulzura, y alegría, en lágrimas que son un don singular de Aquél que es el amor y júbilo, como le llama San Agustín, del Padre y del Hijo?

(1) Cap. 95.

SECCION III.

*Ejemplos del amor de compasion.*

Pero á fin de esclarecer más este asunto, voy ahora á presentaros, tomándolos de los mismos Santos, algunos ejemplos de este dolor de los pecados, que tanto ofenden á la gloria divina. Nuestro Dios y Señor se dignó revelar á la misma Santa Catalina lo que sigue.—«Estoy sumamente complacido, hija mia muy amada, por el deseo que tienes de sufrir toda suerte de penas, trabajos y hasta la muerte misma por la salvacion de las almas. Cuanto más sufre una persona, tanto más muestra el amor que me profesa: y amándome, conoce mejor mi verdad; y cuanto más me conoce, mayor y más vivo es su dolor por las ofensas que recibo. Tú me pedías que cargase sobre tus hombros todos los castigos que merecen los pecados que se cometen en todo el mundo, pero no considerabas que al pedirme eso, me pedías al mismo tiempo amor, luz y conocimiento de la verdad; pues, como ya te he dicho, cuanto mayor es el amor, mayor es la pena; y así, á medida que crece el amor, igualmente crece la afliccion (1).»—Meditando un dia Santa María Magdalena de Pazzis sobre aquellas palabras del Evangelio, *Salió sangre y agua*, cayó en un éx-

(1) Dial. cap. V.